

RAMÓN GONZÁLEZ FÉRRIZ

LA TRAMPA DEL OPTIMISMO

CÓMO LOS AÑOS NOVENTA
EXPLICAN EL MUNDO ACTUAL



En España, Europa y Estados Unidos, la década de 1990 estuvo dominada por un optimismo sin precedentes. Caído el Muro de Berlín, parecía que el capitalismo se había quedado sin rivales, que internet crearía formas de comunicación totalmente libres, que se había dado con la fórmula económica que permitiría una prosperidad constante, que la globalización no solo iba a ser beneficiosa para la economía mundial, sino también para la difusión de la democracia, y que la llamada tercera vía superaría la división entre izquierda y derecha. Pero si echamos la vista atrás, el legado de esa década es mucho más sombrío. En España los noventa también supusieron el inicio de la burbuja inmobiliaria que estallaría en 2008, y en Estados Unidos se desarrollaron los productos financieros que provocarían la catástrofe de Lehman Brothers y precipitarían a Europa y al mundo a la peor recesión económica desde el *crack* de 1929. En paralelo, los cimientos del euro, desarrollados también en esa década, demostraron ser más inestables de lo imaginado, y los trabajadores industriales de los países ricos se convirtieron en víctimas de esa globalización tan celebrada. Combinando la crónica de algunos de los acontecimientos de la época y el ensayo reflexivo, Ramón González Férriz repasa las consecuencias de una década fulgurante protagonizada por Felipe González y José María Aznar, Bill Clinton y Tony Blair, Helmut Kohl y François Mitterrand, pero también por la música indie, el Britpop, la serie *Friends*, y la aparición de Hotmail, Google y Amazon.

Para Marta

INTRODUCCIÓN

La década larga

En cierto sentido, la década de 1990 no empezó de acuerdo con el calendario. No es particularmente original pensar que se inició el 9 de noviembre de 1989, cuando miles de ciudadanos de la República Democrática Alemana cruzaron el Muro de Berlín, que hasta entonces les había separado de la República Federal de Alemania y, así, del mundo capitalista. Ese acontecimiento cambió por completo los paradigmas intelectuales y las batallas ideológicas que habían regido el planeta durante algo más de cuatro décadas. En los dos o tres años siguientes, cayeron los regímenes comunistas de la mayor parte de Eurasia, el imperio soviético desapareció y el mundo occidental —partidario de la democracia capitalista, con mayor o menor énfasis en el libre mercado o el estado de bienestar— sintió que una batalla crucial había terminado.

No fue esta la única razón, pero sí la principal, por la que el rasgo esencial que deberíamos recordar de la década de los noventa es el optimismo. Esto no significa que no hubiera señales preocupantes: la caída del Muro fue la causa indirecta de las guerras en la antigua Yugoslavia, no tardó demasiado en verse que la democratización del viejo mundo comunista sería de una dificultad atroz, se produjo un genocidio en Ruanda y, al menos en términos cuantitativos, los noventa fueron para Japón una «década perdida», sin ninguna clase de crecimiento económico. También en Europa hubo una crisis económica muy relevante, aunque

pasajera, en 1993. A pesar de todo, parecía que la desaparición del sistema que había competido con el capitalismo por la seducción de las mentes de los individuos de todo el globo y el fin, al menos en Europa, de la tiranía que había impuesto eran el inicio de un camino sin obstáculos hacia el progreso. Los mercados podrían integrarse, el ámbito del comercio sería global; en su forma más osada, la de la Unión Europea, las naciones delegarían parte de su soberanía en un ente común e incluso asumirían una moneda compartida. La externalización de ciertas actividades industriales a países como China no solo facilitaría que los consumidores occidentales tuvieran acceso a mercancías más baratas, sino que permitiría a los países de destino enriquecerse rápidamente y, en última instancia, democratizarse. Hasta era posible inventar una nueva senda ideológica que fusionara lo mejor de la socialdemocracia con el dinamismo y la apertura de los mercados: se llamó la tercera vía. Una cultura compartida —casi siempre en inglés— por miles de millones de personas, distribuida gracias a los medios de comunicación e impulsada con el enorme desarrollo de internet, nos uniría y acabaría con los nacionalismos. Esa era la promesa a mediados de la década de los noventa.

En España, este optimismo adoptó una forma particular, pero también existió. Una década y media después de que Felipe González dijera que prefería «El riesgo de morir apuñalado en el metro de Nueva York que tener que vivir en Moscú^[1]», en 1992 el país que presidía organizaba la Expo de Sevilla y los Juegos Olímpicos de Barcelona. La crisis económica que sufrió España después fue grave, pero en 1996, con el cambio de Gobierno y la llegada al poder del Partido Popular, España demostró ser una democracia normal en la que los partidos se turnaban en el poder sin dramatismo ni alteraciones en la rutina. El PP de Aznar prometía un progreso en línea con el del resto del mundo occidental: eficiencia económica, el fin de la corrupción, la integración en Europa. Si los socialistas habían firmado el Trata-

do de Maastricht, que profundizaba en la unión de los estados miembros, Aznar conseguiría que España fuera aceptada, gracias a su disciplina económica, en la incipiente eurozona. Las empresas nacionales conquistaban Latinoamérica y el país, se pensó, podía recuperar un peso geopolítico que no había tenido en siglos.

He dicho que el rasgo principal de la década de los noventa fue el optimismo. Pero cabe hacer un matiz: tal vez fuera, más bien, el exceso de optimismo. Intelectualmente, su ejemplo más evidente fue *El fin de la Historia y el último hombre*, un libro que publicó en 1992 el politólogo estadounidense Francis Fukuyama. Su éxito y las enormes polémicas que desató fueron un tanto sorprendentes, puesto que se trataba de un ensayo complejo que mezclaba la historia de las ideas, la politología y la geopolítica. Pero su publicación y su vida posterior resultan emblemáticas. «Es posible —decía Fukuyama— que no solo estemos siendo testigos del fin de la Guerra Fría, o la muerte de un determinado periodo de la historia de posguerra, sino del fin de la historia como tal: es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma final de gobierno de los humanos^[2]».

¿Por qué debería interesarnos esto ahora? Hay varias respuestas a esta pregunta. La más inmediata, por supuesto, es que la última década del siglo XX fue interesante por sí misma, un tiempo de tremendas transformaciones políticas y económicas marcadas por el fin del comunismo y la progresiva integración de la Unión Europea, la globalización y el auge y la popularización de la tecnología de internet. Pero hay otras dos razones que explican por qué decidí escribir *La trampa del optimismo*. Ambas son autobiográficas, pero lo son de distinta manera. La década de los noventa fue el periodo en el que mi generación dejó atrás la adolescencia y emprendió el camino de la edad adulta.

En mi caso, mis primeros recuerdos políticos se remontan a la caída del Muro vista en Televisión Española y siguen con la memoria —vaga al principio, más nítida a medida que avanzaba la década— de los hechos que explico en este libro. En parte, lo he escrito para entender como un adulto lo que en aquel momento percibí pero debido a mi edad no pude comprender, y, sin embargo, fue fundamental en mi formación y en la de mi generación. Napoleón afirmó que para conocer de veras a un hombre había que entender cómo era el mundo cuando tenía veinte años. Ese mundo, en mi caso, es el de 1997.

Pero, finalmente, hay un motivo más importante, que cobró una relevancia especial cuando se inició la crisis financiera en el 2008, y por la manera en que esta se desarrolló, en particular en España. Y es que el mundo actual, el posterior a la crisis, puede interpretarse como una consecuencia imprevista, accidentada y contradictoria de las decisiones que tomaron los líderes políticos y económicos en la década de los noventa. Es posible afirmar que la crisis económica de la última década, que hasta ahora ha supuesto para mi generación el momento central de nuestra experiencia como adultos con deseos de trabajar, progresar y, con suerte, asentarse, tuvo sus inicios en decisiones tomadas en los años noventa en ámbitos como el financiero, el monetario o el regulatorio. A fin de cuentas, en Maastricht en 1992 y en el Pacto de Estabilidad y Crecimiento de 1997, se establecieron las reglas con las que se manejó la crisis del 2008. Conocemos cuál fue el resultado. Por esa razón, en *La trampa del optimismo* hablo más de economía que en mis libros anteriores.

También en la política, el auge actual de ciertas formas de populismo y nacionalismo, y el agotamiento de fórmulas clásicas como la socialdemocracia o la democracia cristiana, hacen pensar en la idea, muy noventera, de que es posible generar ideologías sintéticas. Ideologías que, en su momento, se creyó que universalizarían un liberalismo abierto

y tolerante y, al mismo tiempo, entregado a las finanzas y a una globalización que desplazaba gran parte del trabajo manual de las fábricas de los países occidentales a otras en los países en desarrollo. Nosotros tendríamos mercancías más baratas; ellos, puestos de trabajo. Las dos cosas se cumplieron, pero surgió una consecuencia inesperada: la globalización perjudicó a las sociedades ricas, que vieron cómo muchos de sus trabajadores poco cualificados se quedaban al margen de la empleabilidad y, con ello, perdían las expectativas de una vida próspera.

Este libro no es un ajuste de cuentas. Pretende explicar algunos acontecimientos ocurridos en la década de los noventa sobre todo en España, Europa y Estados Unidos —aunque habrá excursiones a lugares como Japón—, y el papel de quienes los propiciaron con sus decisiones. Los protagonistas de estas páginas son Felipe González y José María Aznar, Tony Blair y Bill Clinton, Helmut Kohl y François Mitterrand, Hotmail, Google y Amazon, y banqueros a los que hoy casi nadie recuerda; pero también Blur, Los Planetas, Curro, Cobi y *Friends*, que contaban o de alguna manera reflejaron lo que fue esa década y la mentalidad dominante. Si bien no es un juicio, sí es una evaluación que, de nuevo, para mí tiene importancia biográfica. Por ejemplo, en 1997 se estaba formando de manera explícita la tercera vía (el libro de Anthony Giddens, el sociólogo británico que le dio nombre, fue publicado en 1998). Aunque entonces era demasiado joven para darme cuenta, fue la ideología a la que me sentí más cercano en los años posteriores, la que me convenció de que era posible una izquierda que defendiera el comercio sin renunciar a lo mejor de la socialdemocracia, que superara la vieja distinción entre bandos y creara una síntesis mejor. Hoy esta idea es muy criticada o se considera, como toda la década, de un optimismo ingenuo y finalmente dañino, pero tal vez sea la noción de liberalismo que más me ha marcado. La crisis que empezó en el 2008 no significó para mí una conversión, pe-

ro sí un motivo de reflexión algo angustiada, sobre todo durante los últimos años, en los que la recuperación de la crisis económica ha dado pie en Occidente a una enorme crisis política, sobre cuál podría ser la salida centrista, liberal e inclusiva a la situación actual. Como esa cuestión no forma parte del cuerpo central de este texto, no me importa anunciar ya que no tengo ninguna propuesta seria que no sea repetir de forma temeraria una versión modernizada de la tercera vía.

Este libro no es la respuesta a la pregunta «¿Cómo recuperamos el optimismo que conocimos de jóvenes?», sino un intento de reconstruir ese optimismo que demostró estar equivocado. Por lo demás, no es una obra autobiográfica. De hecho, una vez terminada esta introducción, no volverá a aparecer la primera persona. Y tampoco es, ni mucho menos, una historia de los años noventa, sino una serie de historias sucedidas entonces que ilustran, a mi modo de ver, su optimismo excesivo y las consecuencias que eso tuvo más tarde.

He mencionado antes que, de acuerdo con mi lectura histórica, la década de los noventa no empezó estrictamente según el calendario, sino el 9 de noviembre de 1989. De igual manera, no terminó el 31 de diciembre de 1999. Resulta una fecha tentadora: una parte importante del mundo, la más rica, vivió atemorizada por lo que pudiera suceder justo esa noche. Fue el llamado efecto 2000, el miedo a que a medianoche los ordenadores de todo el planeta, que funcionaban según un sistema binario de unos y ceros, no entendieran el cambio de la primera cifra del año al dos y se produjera un gran colapso de los sistemas que provocara el caos financiero y la pérdida de archivos en grandes bases de datos. Finalmente eso no sucedió, aunque fue una buena muestra del miedo creciente a que nuestra dependencia de la informática pueda en algún momento destruir la marcha de la sociedad. Me parece razonable sostener que la década de los noventa pudo terminar de forma

simbólica en otros dos momentos separados entre sí por apenas unos meses. Quizá fuera el 11 de septiembre del 2001, cuando dos aviones secuestrados por terroristas islámicos chocaron intencionadamente contra las dos torres del World Trade Center de Nueva York, las derribaron y acabaron con la vida de alrededor de tres mil personas. La Guerra Fría había concluido, y la ideología de los países ricos había vencido en la vieja contienda, pero aquello no garantizaba la seguridad de sus ciudadanos. A partir de entonces, los retos geopolíticos serían otros y había que aprender a afrontarlos. Occidente tardaría en hacerlo y eso provocaría cientos de miles de muertos, guerras difíciles de justificar, un nuevo desequilibrio global y un temor que no era novedoso pero sí se volvió mucho más acuciante: el miedo al terror islamista.

Pero hay otra opción, más centrada en Europa y en España: tal vez la década de los noventa terminó el 1 de enero del 2002, cuando en doce países europeos se pusieron en circulación monedas y billetes de euro, la moneda que se había anunciado en el Tratado de Maastricht de 1992, cuyo nombre se decidió en 1995 en Madrid y que en 1999 se había convertido en una unidad contable digital para los mercados. Si los ataques de Nueva York se habían interpretado como el fin del fin de la historia, la entrada del euro físico podía considerarse la innovación política y económica más audaz surgida del optimismo provocado por la caída del Muro de Berlín, la disolución del imperio soviético y la ambición del mundo liberal de expandirse, redimir a países tradicionalmente víctimas de la historia y crear unidades políticas supranacionales que fueran más allá de las conocidas hasta el momento. No tardaríamos mucho más de siete u ocho años en saber que ese optimismo, una vez más, era excesivo.

«El Muro durará cien años»

Las autoridades de Alemania del Este erigieron el Muro de Berlín en 1961 para impedir el éxodo de alemanes que abandonaban el país comunista en dirección a Alemania Occidental. Y desde entonces nunca pensaron en eliminarlo. En enero de 1989, Erich Honecker, el secretario general del Partido Socialista Unificado de Alemania, que anteriormente había sido secretario de Seguridad del país y el responsable de la construcción del Muro, afirmó que este seguiría en pie cincuenta o cien años después. Y, de hecho, en ese momento había planes para remodelarlo y dotarlo de tecnología más avanzada, que permitiera detectar mejor y con más tiempo a quienes pretendían cruzarlo para huir del país, evitando así tener que matarlos o detenerlos, algo que dañaba la reputación del régimen^[3].

Pero 1989 estaba siendo un año convulso en los países del Este. El sindicato anticomunista polaco Solidaridad, fundado en 1980 en los astilleros Lenin de Gdansk y liderado por Lech Walesa, había empezado a negociar con el Gobierno de Varsovia para compartir el poder con el Partido Comunista, que desde 1945 lo ostentaba en monopolio. El 2 de mayo, el Gobierno húngaro comenzó a desmantelar la fortificación que hasta entonces había instalada en la frontera con Austria para impedir la salida de sus ciudadanos hacia Occidente. La primera consecuencia para Alemania del Este fue que, de repente, sus ciudadanos sintieron un inédito deseo de irse de vacaciones a Hungría. El 1 de julio, veinticinco mil alemanes de la RDA habían llegado a

Austria por esa vía. Los gobiernos de Rumanía y Checoslovaquia estaban furiosos, porque temían que sus ciudadanos hicieran lo mismo. Ese verano, en Estonia, Letonia y Lituania alrededor de un millón de personas crearon una cadena humana uniendo sus manos para recordar el ominoso pacto que, cincuenta años antes, en 1939, habían firmado Hitler y Stalin, y llamar la atención internacional sobre la pérdida de su independencia política y los asesinatos, las deportaciones y la opresión que había sufrido una parte importante de la generación de sus padres.

El 7 de mayo se habían celebrado elecciones locales en Alemania del Este. Como de costumbre, los candidatos del Partido Socialista Unificado obtuvieron casi el 99 por ciento de los votos. Pero en esta ocasión sucedió algo nuevo. Varios observadores de la Iglesia vieron que el Gobierno falseaba los resultados para reducir el peso de los votos de protesta. Se produjeron pequeñas manifestaciones. El régimen no cedió en casi nada. Hasta tal punto estaba dispuesto a seguir con las políticas de mano dura que, en junio, Honecker defendió que el Gobierno chino hubiera reprimido con violencia las manifestaciones de la plaza de Tiananmén en favor de la democracia. Pero la presión aumentaba tanto en el frente interno como en el externo. En Alemania del Este, el régimen seguía llevando a cabo numerosas detenciones y muchos disidentes eran expulsados del país. En las elecciones semilibres celebradas en Polonia, al contrario que en los comicios amañados de la Alemania comunista, el movimiento Solidaridad ganó todos los escaños a los que podía aspirar en el Congreso y, en el Senado, 99 de 100. Además, en Moscú gobernaba en ese momento Mijaíl Gorbachov, que estaba empeñado en llevar a cabo una profunda reforma de las viejas estructuras políticas y económicas de la Unión Soviética. Honecker no participaba de ese ánimo renovador y, en consecuencia, las relaciones entre Berlín Este y la Unión Soviética eran tensas.

A mediados de julio, Gorbachov fue un paso más allá en su programa de apertura. Si en 1968 Leonid Brézhnev había ordenado la invasión de Checoslovaquia después de que el Gobierno del país emprendiera una serie de reformas de liberalización —estableciendo la doctrina tácita de que la Unión Soviética tenía derecho a intervenir en cualquier Estado del Pacto de Varsovia que pretendiera introducir cambios en la ortodoxia comunista—, ahora, afirmó Gorbachov, era legítimo que todos los países decidieran cómo se gobernaban y él renunciaba explícitamente al uso de la fuerza. Cada nación podía hacer lo que quisiera. La «doctrina Brézhnev» era sustituida por lo que en el propio Gobierno ruso se llamó la «doctrina Sinatra», en referencia a la célebre canción «My Way». Cada país podía hacer las cosas a su manera.

El verano de 1989 fue extremadamente convulso. Cada vez más alemanes del Este huían a Austria a través de Hungría o se dirigían a países que aún eran comunistas pero estaban en pleno proceso de reformas para, una vez allí, pedir asilo en la embajada de Alemania Occidental. Mientras tanto, Erich Honecker repetía que el «Muro durará cien años^[4]». El 30 de septiembre, el ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Occidental voló a Praga y allí anunció a las masas que estaban acampadas en el territorio de su embajada que se les permitiría la entrada en la República Federal. Pero Honecker puso las condiciones: lo harían a través de Alemania del Este, en trenes sellados, y durante el trayecto se les confiscarían los pasaportes y se les retiraría la ciudadanía. Era una manera de humillarles y presentarles como traidores. Sin embargo, la medida tuvo el efecto contrario al deseado: miles de ciudadanos de la RDA acudieron a las inmediaciones de las vías para saludar y jalearse a los compatriotas que se marchaban. Se sucedieron las manifestaciones en todo el país y muchos huyeron a Praga con la esperanza de que se repitiera la operación, pero el Gobierno prohibió viajar sin visado a Checoslovaquia. A los re-

fugiados y las manifestaciones se sumó el problema de que el país estaba al borde de la bancarrota y dependía de los créditos de Alemania Occidental y de la ayuda de la Unión Soviética. Esta atravesaba su propia crisis económica y había anunciado a los países del bloque comunista que iba a dejar de proporcionarles petróleo y exportaciones a precios artificialmente bajos.

El 7 de octubre, Mijaíl Gorbachov, cuya relación con Honecker ya era mala, acudió a regañadientes a la celebración del glorioso cuarenta aniversario de la fundación de la República Democrática Alemana. Se quedó sorprendido al ver cómo los jóvenes, incluso los que eran miembros del Partido Comunista, envidiaban las reformas aperturistas que estaba llevando a cabo en su país y le gritaban por la calle «¡Gorbi, ayúdanos!». Mieczysław Rakowski, el líder del Partido Comunista polaco, le tradujo la súplica al ruso, aunque Gorbachov ya la había entendido. «¡Pero si son activistas del partido! —dijo incrédulo Rakowski—. ¡Esto es el fin!». En los actos de celebración y durante las reuniones con el Politburó y los mandatarios llegados del extranjero, Honecker alardeó de la robustez económica y los innumerables logros del país, ante el manifiesto desdén de Gorbachov. En la calle, seguían las manifestaciones^[5].

Apenas unos días después, el 17 de octubre, sucedió lo inesperado. Después de una semana en la que una parte importante de la élite política del Partido Comunista se dio cuenta de la magnitud de la crisis y de la necesidad de tomar medidas que no implicaran violencia, Honecker fue apartado de su cargo mediante una simple votación del Politburó. La decisión fue unánime. Siguiendo la tradición de «centralismo democrático» de los partidos comunistas, hasta Honecker votó a favor de su caída. Se marchó al día siguiente con lágrimas en los ojos, entre los aplausos del Comité Central del partido. La excusa oficial de su expulsión fueron los problemas de salud. Su sucesor fue Egon Krenz, quien anunció inmediatamente su intención de llevar a ca-

bo profundas reformas en el país. Pero la gente no le creyó. Las manifestaciones continuaron.

El 1 de noviembre Krenz viajó a Moscú. Tras su llegada al poder, el nuevo Politburó confirmó que el Gobierno de Honecker había estado manipulando la contabilidad nacional y que la realidad era aún peor de lo que se sabía. Las infraestructuras y las industrias se encontraban en un estado lamentable, la productividad estaba por los suelos y entre 1970 y 1988 la deuda se había multiplicado por diez. En Moscú, Krenz le dijo a Gorbachov que si no recibía ayuda económica de la Unión Soviética para abordar las reformas necesarias, seguirían las manifestaciones y las salidas masivas del país, y en algún momento habría que recurrir a la violencia. Krenz quería hacer reformas, pero no renunciar al monopolio del poder que tenía el Partido Comunista. Sin embargo, no consiguió nada.

Mientras tanto, la oposición no paraba de crecer. El movimiento más destacado era el llamado Nuevo Foro. Lo había fundado ese septiembre un grupo de intelectuales, científicos y religiosos que no pretendía tanto una derogación del comunismo como «abrir un diálogo democrático^[6]». El 4 de noviembre se celebró una inmensa marcha en Berlín Este. Fue una manifestación peculiar. Günter Schabowski, un portavoz del Gobierno que más tarde tendría un papel notable en la caída del Muro, tomó la palabra entre los manifestantes disidentes para defender el sistema y prometer reformas. Dos días después, el órgano de propaganda del Partido Socialista Unificado de Alemania respondió a las manifestaciones del 4 de noviembre y reconoció, también de una manera peculiar, que el régimen estaba dispuesto a hacer concesiones:

La demanda de elecciones libres puede en principio apoyarse, puesto que se corresponde con los principios básicos de nuestra constitución socialista, pero esto no debe llevar a abrir